

II

No sin motivo; como se la había figurado el perspicaz bearnés, como se había promovido y organizado un baile inusitado. Aunque rodeada de partidario fieles y adictos al cardenal, Ana de Austria, digna discípula de Mazarino, había hecho demasiado uso del espionaje para no temerlo, y contaba mucho con los innumerables recursos del disfraz para el logro de ciertos proyectos.

En el baile de máscaras del día de San Luis, se hallaban pues, personas que si por súbita orden se hubiesen quitado las caretas, se habrían sorprendido en extremo de verse allí reunidas.

El dominó rojo de Artagnan, ó más bien el traje del señor consejero del parlamento, causaba un efecto extraordinario; á cada paso saludaban al caballero personajes que en las demás circunstancias de la vida apenas le habían dispensado una sonrisa protectora; algunas damas á quienes saludaba remedando las maneras del cardenal, le centestaban con sonrisas encantadoras, y muy pronto llegó al extremo de pasearse de bracero con las más notables bellezas de la corte que él escogía con tino, y cuyos tocados, deslumbrantes casi todos, le alegraban la vista.

Por desgracia sabía él que le durarían poco esos testimonios de respeto; mas aunque la amabilidad de esas beldades estuviere reservada para otros, él trataba de sacar todo el partido posible.

Había observado desde que llegó que un obeso enmascarado, en traje de mago, le hacía una profunda y respetuosa reverencia cada vez que los dos se encontraban, y en esas demostraciones se revelaba tal deseo de

llamarle la atención, que no dejó el caballero de impresionarse algún tanto.

Resolvió, pues, llevar á cabo la aventura en que se había intrincado, y sacar de ella otra que tal vez más adelante pudiera serle de provecho: con tal objeto, cuando juzgó oportuno y prudente separarse de las bellas, temeroso de que lo cogieran en la red que su genio amoroso les había tendido, buscó con la vista al extraño mago, y al volverse, lo vió tan cerca de él, que no había dos pasos de distancia entre uno y otro.

El mago volvió entonces á hacer su respetuoso saludo de costumbre. Entences Artagnan creyó no comprometer en nada la dignidad del personaje cuyo papel representaba haciendo una seña á aquel máscara para que se le acercara: aquella seña era del efecto más encantador:

—Y bien, mi querido mago, ¿teneis alguna cosa que decirme? le preguntó Artagnan con acento meloso.

—¡Ah, monseñor! articuló sofocándose el mago; ¡ah, monseñor! si Vuestra Eminencia

—Chut! nada de títulos ni de tratamientos atendid á que nadie me supone aquí: sólo vuestra penetración exquisita ha podido conocerme. Con que así, silencio! . . .

—Silencio! repitió el extraño máscara del cucurcho mirando á todos lados con misterio, y algo desconsoñado por no haber sido el único en creer en la presencia allí de aquel que para él sería en lo de adelante una realidad. También es cierto que en cambio le halagaba mucho la perspicacia que le suponía el falso cardenal.

—Si teneis que decirme alguna cosa; según entiendo, hablad, repitió Artagnan.

—Sí, monseñor . . .

—Silencio, y hablad!

—Pero si monseñor me ordena que calle, no veo la manera....

—Primeramente, mi querido señor, debo deciros, y esto lo confieso con humildad, que no tengo como vos la ciencia de conocer á las personas á través de la seda y el terciopelo.... «Corpo di Bacco» y por más que repase en mi imaginación á todos los caballeros dotados de una salud florida....

—Ah! es que estoy aquí de incógnito.

—Pero es que yo también y todos igualmente estamos de la misma manera.

—Quiero decir que me he deslizado así fraudulentamente, respondió el grueso señor después de vacilar mucho para soltar la última palabra: me he valido de la invitación dirigida á uno de mis amigos.

—¿Y cómo? ¿llama ese amigo.

—Monseñor me permitirá....

—Entonces decidme vuestro nombre.

El mago inclinó hacia Artagnan su gorro puntiagudo y pronunció en su oído un nombre que aquel fingió no oír.

—¿Cómo preguntó?

—Flavimont, respondió el máscara estremeciéndose.

El caballero creyó de su deber manifestar una gran sorpresa; pero el máscara pareoía esperar aquella admiración y supo neutralizar su herejía con su impasibilidad.

—Vamos, mi querido conde, replicó Artagnan, ¿debeis acaso someteros?

—Creedme, monseñor, estoy verdaderamente afligido del espectáculo que presentaban en el mundo nuestras divisiones intestinas, la completa anarquía que reina en el seno del consejo de los príncipes, lo mismo que en las calles de Paris, me desesperaba. ¿Cómo no

ha de conmoverse con todo esto una alma noble y adicta?

—Pero, querido señor, si no me engaño, madama de Flavimont es de las más íntimas amigas del señor coadjutor.

—También tuvo la misma intimidad con Su Majestad la reina en el tiempo en que vuestra Em....

—¡Silencio!....

—¿Pero si el señor coadjutor se pone de vuestro la to?...

—¡Oh! dijo Artagnan con un acento de extrema incredulidad.

—Se habla de ello.

—¡Chut!.... querido conde, vaya una conversación comprometida, y mucho más en este sitio y en semejantes momentos, que deben parecer bien fugaces para divertirse y reír, olvidando las cosas serias en que se ocupa el día, dijo Artagnan en tono breve, porque no quería aventurarse en un terreno resbaladizo. Sería más prudente dejar esto para después, agregó.

—Como quiera vuestra Eminencia.

—Y para tratar de este asunto podéis entenderos con un valiente oficial en quien deposito toda mi confianza, supongo que no vacilaréis?

—Puede nombrarle Vuestra Eminencia y me considerará dichoso obedeciendo á ese gentil hombre como si fuera Vuestra Eminencia en persona.

—Pues bien, es el caballero Artagnan, llamado e bearnés: le conocéis?

—No, monseñor.

—Un oficial de las guardias. El será el que primero se dirija á vos. Ahora, querido conde, dejad el baile inmediatamente, es preciso que no sospechen nada de nuestra conversación y volved pronto á Paris.

Artagnan obligó al máscara á hacer un movimiento de rotación, dejó su brazo y se dirigió á otro extremo de los salones diciéndose:

—¡Diablo! si acaso se encuentran aquí algunos otros enemigos del cardenal, estamos lucidos! . . . tal vez no sean tan fáciles de arreglar como ese Flavimont.

—¡Eh Navailles! exclamó de repente, apercibiéndose al capitán.

—¡Silencio! . . . respondió esté, no me nombréis tan alto.

—Una palabra, y os dejo.

—Decidla pronto.

—¿Conocéis á Flavimont?

M. de Navailles sintió bajo su máscara que sus facciones se enrojeaban y contestó afirmativamente.

—¿No estuvisteis enamorado de su mujer antes de su matrimonio?

—Si, querido, respondió el capitán, pero por Dios no hablemos de cosas tan viejas.

Y M. de Navailles se alejó.

—Bueno, se dijo el bearnés, aún la ama. Pero este Navailles siempre está enamorado de todas las mujeres . . . ¡Acaso tenga razón!

Dejemos á Artagnan completando su pensamiento completando con un hondo suspiro, y ocupémonos de otra parte del baile.

El joven rey no había hecho distinción, como el falso cardenal, á una sola dama de la corte, sino que como verdadera mariposa, volaba y revolaba de flor en flor por las infinitas y fragantes rosas animadas de aquel jardín brillante de hermosura.

Su timidez entonces grande todavía, no le daban permiso para otra cosa que para dirigir aquí y allá algunos cumplimientos galantes. Pero con gran sorpresa

de todos, á la vez que con alegría, se le vió de repente con dos dominós negros, con los cuales parecía muy contento y satisfecho.

Era un grupo encantador el que formaban aquellas dos mujeres, jóvenes según la apariencia, porque sus formas delicadas se adivinaban con facilidad sobre el dominó.

Las dos iban de los brazos de Luis, vestido con aquel brillante traje de «primer espada» que llevaba con tanta gracia, y que sin duda le halagaba por haber sido importado del ardiente sol que dió calor á la cuna de su madre.

Todos se preocupaban bastante á la vista de aquel grupo, pero ninguno se atrevía á aproximarse bastante para que pudiera sorprender como al acaso algunas palabras de la conversación animada de aquel terno encantador.

Durante este tiempo, la reina, que había revestido su imponente hermosura con un espléndido traje oriental, deslumbrante en colores y pedrería, iba por todas partes, apoyada en el brazo de un caballero, de elevada estatura, el cual llevaba majestuosa y gravemente un vestido de senador veneciano, levantado el capuchón, como aparece en los retratos de Dante, y el cual, abriéndose, dejaba ver el elegante y severo traje italiano del siglo décimo quinto.

La conversación de estos dos personajes parecía muy animada, y los grupos y la multitud se habrían ante ellos con el mayor respeto; porque á pesar de su máscara, todos reconocían el espléndido talle, el brazo torneado y las manos pulidas que hicieron á Ana de Austria tan justamente célebre y admirada por toda la Europa.

Sin embargo de todo, cada uno se preguntaba quien

podía ser aquel senador veneciano, cuyo modo de andar, cuyas maneras no recordaban á ningún personaje de la corte.

No era M. de Gondi, que era pequeño y á quien la inclinación constante de la vista le hizo encorbrar el cuerpo: no era el duque de Orleans, cuya pusilanimidad no pudo darle nunca el atrevimiento de acercarse á la reina madre ni para hacer su sumisión; no era tampoco M. de Beaufort, ni M. de Condé, ni mucho menos el príncipe de Conti, que era un poco jorobado.

No se podía, pues, designarle, y todos se deshacían en conjeturas.

Pensar tan sólo que pudiera ser el cardenal Mazari no, habría sido la mayor de las locuras. El gran senador tenía cuando menos dos pulgadas más de estatura, y mirando con atención sus pies, cuando su largo vestido lo permitía no podía vérsese otra cosa que unos tacones de regular y proporcionada altura.

La opinión general acabó por decidir que era el duque de Medina, embajador de España antes de la ruptura de las dos cortes.

En cuanto á Artagnan continuaba picoteando con las hermosas damas, cuando pasando cerca de una puerta abierta sobre una gradería que daba al jardín, se encontró frente á frente de un hombre grueso que llevaba del brazo una mujer vestida con estremada elegancia, con los brazos y el cuello tan blancos como la cera, y la cual, no obstante que daba á conocer haber tomado las mayores precauciones para disfrazarse, tenía un bucle de rubios cabellos fuera de su capuchón de raso.

El hombre grueso era maese Texier el escribano de la plaza de Saint-Maclou.

Pero la vista del bucle rubio hizo detener á Artagnan en la gradería.

Quedó allí inmóvil, como petrificado, las manos extendidas, la mirada ardiente, la boca abierta, pronto todo su sér á lanzarse hacia aquella dama; que sin embargo, no fué para él más, que una aparición.

Ella, al ver la mirada fija de aquel máscara rojo, arrastró del brazo al escribano y se perdieron ambos entre la multitud.

Los que la habían visto pretendían que era la Texier.

Los ojos de Artagnan la siguieron á lo lejos, y no sin un sentimiento de rabia alcanzó á ver que Navailles se aproximó á ella.

Pero la emoción que sintió en aquel momento le quitó la fuerza para moverse.

—Se me sigue tomando por el cardenal, se dijo cuando hubo recobrado los sentidos. Tal vez por eso me huya.....

Recordando después el aire y las maneras vulgares del escribano.

—No es ella, añadió; ella no vendría nunca con semejante mascarón..... No me huiría aun cuando me creyera el cardenal... ¡al contrario! Pero vamos, ¿ninguna otra mujer puede tener como ella los cabellos rubios?

En este momento un grupo de máscaras invadió el jardín, y se encontró á dos pasos de su aparición misteriosa. Navailles seguía siempre á su lado.

Artagnan le tomó del brazo sin ceremonia y se retiró con él algunos pasos de aquel sitio, sin hacer aprecio de los juramentos y exclamaciones del gentil hombre que sentía arrancarse de una intriga que según todas las apariencias se presentaba tan feliz.

—Pero, querido dejadme, os lo suplico, exclamaba.

—¿Y para qué?

—Porque me estáis sujetando.

—¿Dónde?

—¡Oh! dijo Navailles con desesperación... Ya no la veo... ¡Que el gran demonio os lleve!...

—Os divertís ¿eh? preguntó el caballero con una indiferencia bien fingida.

—Sí, ¿y vos?

—Yo... muchísimo.

—Lo cierto es, dijo Navailles tomando su partido, que desemeñáis á las mil maravillas el papel de cardenal Pero cuideos, esto podría traer fatales consecuencias. Quién sabe si algunos asesinos apostados por los malquerientes de Su Eminencia, no os podrían hacer pagar bien cara por cierto la comedia que estáis representando, ó si los esbirros de los príncipes no aguzan sus estiletes detrás de un árbol.

—¡Bah! no es tan fácil matarme.

—Querido, repitió Navailles, ¿me permitiréis que os deje?

—¿No queréis picotear conmigo? reflexionad que os podría servir de mucho, os voy á colmar de caricias.

—Gracias, pero tengo cosa mejor.

—¿Qué es pues?

—Mi hermosa rubia, amigo mío.

—¿Qué rubia?

—¡Oh! de la que os hablaba, de mi notaria de la plaza de Saint Machou, de Madama Texier.

—¿Era la que perseguíais hace poco?

—Sin duda... Pero dejadme.

Esta vez Artagnan soltó al capitán. ¿Qué podía importarle la mujer de aquel escarabajo?

—Ya sé el nombre de mico... Será esa la mujer que

cubierta la cabeza con una mantilla española cerró tan bruscamente la ventana cuando pasé por enfrente de su casa... Si es así, indudablemente que me equivocó con otro.

Con esta reflexión consoladora, Artagnan continuó pasando el tiempo con las mujeres más hermosas de aquella reunión, escogiendo de preferencia aquellas que no habían juzgado conveniente descubrirse. Por lo demás, es bastante cierto que ellas creían apoyarse en el brazo del cardenal, lo cual las hacía quitarse las caretas en muestra de consideración y respeto.

Artagnan hacia una mezcla prodigiosa del francés con el italiano, entremezclando de vez en cuando algunos conceptos elevados.

Cuando entró en los salones se encontró cara á cara con Navailles, quien habia conseguido alejar de la bella rubia á su acompañante, puesto que se encontraba solo y dando muestras del mayor espanto. Navailles sin duda era muy apremiante en su conversación, y el embarazo de la joven se aumentaba por momentos, podía decirse que temblaba como la hoja del árbol, dirigiendo por todas partes miradas inquietas. Es preciso añadir que el capitán de los guardias se aprovechaba perfectamente de aquel azoramiento para dirigir á la bella desconocida las más dulces palabras y las más exquisitas galanterías.

A su vista Artagnan se sintió nuevamente clavado en el suelo, y sintió haber abandonado antes á aquella mujer, ó más bien haber dejado que se la arrebataran.

Al verlo la joven dejó escapar un grito de alegría y se precipitó hacia él tomándole el brazo con ansiedad.

—¡Oh! salvadme... exclamó designando á Navailles, con una voz ahogada.

Llegó á Navailles su turno de quedarse fijo en el suelo, abismado por aquella circunstancia. Por primera vez desde el principio del baile se llegó á preguntar al capitán si no era aquel el verdadero cardenal.

Al contacto de la mano y del brazo de aquel dominó, Artagnan sintió que su corazón latía con violencia: una emoción extraordinaria se apoderó de sus sentidos y le pareció que todo giraba ante él como las sombras fantasmagóricas de un sueño. No era un niño, ciertamente: su alma estaba templada con fiereza para que se dejara llevar de pueriles emociones. Veinte veces le habían ocurrido en la noche aventuras de aquella especie; los más preciosos brazos de mujer se habían apoyado en el suyo, y sin embargo, su corazón había estado tranquilo y sosegado. ¿Por qué aquella emoción?

Artagnan no podía menos de hacerse este razonamiento, admirándose más y más de la emoción que sentía, de la timidez que se apoderaba de su pecho. Pero en pocos momentos pudo sobreponerse á aquel sentimiento tan extraño, nunca experimentado por él hasta entonces.

—Venid por aquí, dijo á su compañera llevándola rápidamente entre las demás máscaras, en donde Navailles los perdió de vista.

Pero una vez libre de aquel peligro, la dama quería manifestar su agradecimiento al caballero y buscar con afán al bonachón Texier; pero Artagnan la detuvo con dulzura.

—Y qué, señora, dijo, queréis abandonarme ya, cuando me habéis proporcionado tanta dicha ampa-

rándoos de mi tan indigno que soy de tal distinción.

La dama no respondió.

—Aquel gentil hombre, continuó Artagnan, estoy seguro que no tendría otra intención que la de rendir un homenaje debido á vuestra belleza... porque no creo equivocarme al llamaros hermosa, á pesar de vuestra careta; pero yo me he fijado en vos más antes, no es esta la primera vez que tengo el placer de veros en la noche, señora, y os juro por mi honor que como ese gentil-hombre he sentido conmoverse mi corazón, agitarse mi alma y trastornarse mis sentidos con la exquisita perfección que se descubre en vos á través de vuestro disfraz.

La dama seguía silenciosa; pero hizo un movimiento para retirar su brazo.

Artagnan logró retenerla como la primera ocasión.

—¿Y qué más de apoyarse en mi brazo que en el muy respetable de maese Texier?

Entonces la joven no pudo reprimir una carcajada hábilmente contenida, pero que no se escapó al instante.

—Ah, vuestra risa me dice claramente que tengo razón. Me siento tan bien á vuestro lado que os juro sería para mí una desgracia mortal dejaros volver al brazo de maese Texier, el cual, estoy cierto, debe preferir por su edad el muelle asiento de un sillón.

¡Ah, señora, si os dignáis desplegar los labios, qué noche tan deliciosa pasaremos conversando! Creedme, os hablaré como hablaría á... mi hermana; os doy mi palabra de gentil hombre.

Una mirada llena de la duda más evidente se dejó ver sobre el terciopelo de la careta de la dama y vino á herir el corazón de Artagnan.

Era buen fisonomista para que se engañara, y animado prosiguió con calor:

—Sí, señora, os digo la verdad; no obstante la profunda emoción que experimento cerca de vos, mi corazón queda siempre libre.... Esto tiene un orden de cosas y de ideas que no puedo definir.

La dama dirigió á su caballero otra mirada, en la cual Artagnan creyó leer una interrogación.

—Porque no podré deciroslo..... es verdad que me inspiráis una confianza que no puedo explicarme... Me parece que mi alma vuela hacia la vuestra y que las dos se confunden en una sola... Pues bien, sí, os diré la causa de mi emoción.... os diré porqué no puedo amaros....

A esta palabra, la dama hizo un violento esfuerzo y retiró su brazo; pero Artagnan la tomó por la mano y siguió oprimiéndola dulcemente.

—Oh! os lo suplico, no partáis así, señora, os juro que lo que he dicho no se dirige á vos; ¿qué os importa, pues? Yo no os conozco.... Lleváis una flor en la mano, pues bien, si me la dierais la recibiría con gusto, pero sin que mi corazón se estremeciera.

Esto os probará que me sois indiferente... Pero deteneos, señora, sin fijaros en mis palabras!...! conozco que divago. Reflexionad que mis frases amorosas no se dirigen á vos, sino á una sombra que mis ojos ven por todas partes.

Imaginaos que estáis leyendo una novela de M. Dufé ó de Scudéry, con la diferencia única de que no tenéis que fatigar vuestros ojos ni el trabajo de volver las hojas.

Otra vez repito que no es á vos á quien amo.

La que trastornó mi corazón y mi cerebro haciéndola objeto de sus adoraciones es una de esas personas

colocadas muy alto y muy lejos para que un pobre oficial aventurero como yo, se atreya nunca á cambiar en deseos su idolatría.

La dama parecía ceder al oír el acento melancólico y llo de dulzura con que se explicaba el oficial. Parecía escucharlo con cierta atención, y como se interrumpiese, lo miró de tal modo, que el caballero creyó que debía continuar.

—No me amaré nunca esa mujer, bien lo sé; todo se lo prohíbe. su nombre, su belleza, su fortuna, su rango. Y sin embargo, de qué no sería yo capaz por merecerla... me siento fuerte para emprenderlo todo!... Oh! no soy mas que un simple teniente en los guardias, y la dignidad de mariscal de Francia no sería bastante para hacerme su igual.... Bien veis que entre esa mujer y yo, que digo, esa diosa, hay una distancia enorme para que mis sueños puedan llegar hasta concebir una esperanza... ¡Ah! sí para conquistar un ducado fuera suficiente derramar toda la sangre de mis venas.

A estas últimas palabras, la dama del bucle rubio hizo un movimiento de terror, y su seno agitó tan violentamente el raso de su dominó, que el caballero mismo se estremeció.

En aquel momento se encontraban cerca de la reina, que acompañada del misterioso senador veneciano, el cual acababa de llamar la atención del rey, desembarazando así al joven monarca de los dos dominós con los cuales parecía estar tan á su gusto.

Aquellas dos damas no quedaron solas mucho tiempo. A su vista, la del bucle rubio dejó bruscamente á Artagnan. se refugió entrelas y se confundió entre la multitud.

El caballero trató de seguir aquella trinidad pe do-

minós: pero todos sus esfuerzos fueron inútiles, y cuando más tarde las encontró de nuevo, no pudo conocer á su misteriosa interlocutora de hacia poco, pues ninguna de ellas tenía ya el hermoso bucle fuera de la capucha.

Una vez sólo, Artagnan reflexionó que ya se le saludaba con menos respeto y consideración que antes, y comprendió que sin duda se le había dejado descansar durante su conversación con madama Texier. Pensó seriamente en todo aquello, sin decir si sería todo obra de la discreción de la multitud ó si se le figuraría, absorbido como estaba al hablar de la pasión, que á decir verdad, se agitaba en su pecho.

Sin embargo, pudo advertir que si bien muchas personas le prodigaban aquellos testimonios discretos de deferencia, un número considerable permanecía frío é insensible ante las maneras mazarinas que imitaba, pero creyó que estos últimos serían gentes extranjeras en la corte ó acaso enemigos del cardenal. En consecuencia, fiel á su costumbre de no perder nada de todo aquello que pudiere instruirle ó interesarle, se acercó preferentemente á los que lo miraban poco más ó menos, procurando sorprender algunas de sus palabras.

—Si está aquí, decía uno de aquellos personajes, es preciso confesar que hace una locura.

—Está perdido, respondió otro: el campo está derrotado, dicen, por los partidarios de los príncipes.

—Quién sabe si entre nosotros mismos no haya alguno que quiera hacerle una mala pasada.

El caballero no siguió adelante en su investigación. Se convenció de que, como Navailles le había dicho, corría un gran peligro conservando las apariencias del ministro desgraciado, y aun pensó en quitarse la care-

ta. La prudencia le aconsejaba seguir esta idea, pero su carácter aventurero le decía al contrario, que puesto que había comenzado tan bien, era prudente continuar hasta el fin, apochugando con las consecuencias.

—¡Quién sabe! se decía, acaso recibir una puñalada destinada á Su Eminencia haga adelantar rápidamente mis negocios... seré capitán de las guardias... de pronto.

Se ocupaba en hacer estas reflexiones, cuando el senador veneciano que tan entretenido uabía tenido á la reina, se le aproximó apostrofándolo en el más puro español.

—¡Eh! señor, ¿qué hacéis? ¡Oh, os he reconocido á pesar de vuestra máscara, y muy bien!...

Esto era dicho por los demás; pero el senador llevó al caballero á algunos pasos de distancia, y con su voz natural le dijo:

—Señor Artagnan, desempeñáis muy bien vuestro papel y os felicito!

—¡Qué, monseñor, sois vos!

—Sí, pero no tenemos tiempo para hablar largamente. Vais á quitarnos la careta desde luego.

—¿Es absolutamente preciso, monseñor?

—Hacedlo, respondió el senador con acento imperioso.

Artagnan no replicó. Parecía habituado á la obediencia pasiva hacia aquel personaje, cuyo incógnito no había podido ser trasncido por ninguno de la concurrencia. Sin embargo, no le convenía quitarse la máscara con reserva; así es que andando siempre y haciendo mil gesticulaciones, se pasó repentinamente la mano por sus cabellos hasta que la máscara vino al suelo, dejando su rostro espuesto á los ojos de la multitud.

El caballero dió entonces un grito, agachándose; pero inmediatamente su nombre resonó por todas partes pronunciando por veinte bocas admiradas y resentidas:

—¡Ah, es Artagnan!

—¡Bien, caballero, lo habéis hecho perfectamente!

—¿No es verdad, señores? dijo Artagnan estirando el jarrente y contorneándose otra vez más como el cardenal.

—Artagnan, os convidó entrar en la compañía de cómicos, llamada de Bérnago por el cardenal, tendréis una acogida favorable.

Ya pienso seriamente en eso, señores, muy seriamente, replicó el caballero; ese será mi recurso si no obtengo la compañía que se me tiene ofrecida desde hace mucho tiempo.

El caballero miró con aire significativo al senador veneciano; pero este le arrastró con rapidez, y pocos momentos después se hallaban los dos en un gabinete cuya puerta se abrió y se cerró sin que pudiera decirse cómo.

Una vez seguros en aquel recinto, el senador, siempre cubierto con su máscara, comenzó á despojarse de su vestido de terciopelo negro.

—Vamos, señor Artagnan, dijo hacéd lo mismo con prontitud.

—¡Cómo, monseñor!

—Si, no comprendéis ahora, teniendo siempre tan clara inteligencia! ¡Vamos, cambiémonos de traje, des-pachémonos!

Y en un abrir y cerrar los ojos Artagnan sacó su dominó rojo y lo presentó al desconocido.

—Habéis tenido una idea felicísima, Artagnan escogiendo un color tan rechinante.

—Tomé lo que encontré, monseñor. Es el vestido de uno de los consejeros del parlamento.

Cuando se hubieron vestido con aquel disfraz nuevo para los dos, y en el momento en que el senador, convertido en dominó rojo, iba á tomar el brazo del caballero para entrar en el baile, el desconocido se detuvo.

—¡Diablo! dijo, esto no está completo. . . . Es preciso, señor Artagnan, que cambiemos de calzado.

—¡Oh! monseñor, en cuanto á eso lo juzgo imposible mi pie no podrá entrar nunca en esos finos zapatos.

El desconocido sonrió bajo su máscara á aquella adulación tan grosera; pero se colocó sobre un taburete y comenzó á descalzarse. En seguida sacó de cada uno de los zapatos una plantilla de corcho, que tenia en la extremidad del talón un grueso de cerca de dos pulgadas.

—¡Ah! monseñor, ya no me admiro de haberos visto tan grande.

—Siendo como somos realmente de la misma estatura, ¿no es esto? Vamos poned esto en vuestros zapatos, y seguidme.

—Monseñor, dijo Artagnan obedeciendo, mi disfraz os ha valido una sumisión importante.

—¿Cómo decís?

—Un enemigo que viene á vos.

—¿Quién?

—El conde de Flavimont.

—¡Ah! exclamó el desconocido con indiferencia. Pero habéis concluido, señor Artagnan y entremos pronto al baile.

Cuando aparecieron de nuevo en el salón, enmascarados los dos, el caballero pudo advertir que esta vez la atención se fijó en él, que como hemos visto llevaba el traje de senador veneciano, mientras que ningun-

no dirigía los ojos á su compañero, disfrazado ahora de dominó rojo, que estaban seguros ocultaba al caballero Artagnan simple teniente de las guardias francesas.

Un cuarto de hora después, y cuando la multitud se agolpaba para ver bailar al joven rey, que armado de sonoras castañuelas ejecutaba un bolero encantador con madama de Navailles vestida de andaluza, el desconocido soltó el brazo de su compañero, y cuando éste se volvió, vió perderse al dominó rojo entre la multitud y perderse en los jardines.

—Y se lleva el traje, exclamó Artagnan.

Iba á seguirlo cuando se detuvo repentinamente á la vista de los relámpagos que partían de los ojos del máscara que acompañaba á los dos dominós negros colocados á tres pasos de él, cuyas miradas se dirigían hacia el grupo que bailaba.

Debemos añadir desde luego, que á pesar de que el bucle rubio no caía ya sobre los hombros de la mujer misteriosa que tanto conmovió á Artagnan, éste la reconoció por los latidos de sus arterias.

La máscara que tomó por madama Texier, tenía de los brazos á aquellos dos dominós, cuyos ojos lanzaban un fuego sombrío.

Desde luego echó en olvido el dominó rojo y á quien lo llevaba y avanzó hacia aquellas tres enmascaradas, y bien fuera casualmente, bien con intención, se bamboleó como acostumbraba hacerlo el cardenal, dejando escapar una risa seca y avanzando la pierna derecha con ese aire galante de que sólo la Italia guarda el secreto; pero cuando las tres damas vieron que se les dirigía el senador veneciano, dieron simultáneamente un grito de terror y dieron media vuelta con la

precisión que lo ejecutarían tres soldados en una formación.

—¡Es él! dijeron ellas huyamos.

Y se dirigieron al jardín asidas de las manos. Pero su empresa era árdua. Artagnan era á propósito para seguir una pista mejor que ninguno otro, y puesto que había sacado un buen partido del dominó rojo del consojero, á riesgo de los disgustos que podía causarle su adquisición, no quería proporcionárselo menos del traje de senador veneciano, y resolvió tener una última entrevista con aquella mujer que se obstinaba tan extraordinariamente á no responder una palabra durante la conversación que con ella tuvo poco antes.

Así, pues, la persiguió con mayor tesón; pero los dominós se empeñaron más y más en evitar su encuentro.

El logró cortar la retirada á las damas, y ellas no tuvieron otro recurso que entrar de nuevo en los salones para confundirse entre la multitud.

En el momento en que llegaban acababa el bolero y todos se hicieron presentes al senador veneciano que alcanzaba entonces á las desconocidas y abría la boca para dirigirles la palabra; pero el joven rey, que sin duda razones particulares para oponerse á que el senador hablara á las damas, con quienes lo más ée la noche había conversado con una animación muy remarkable, avanzó hacia el senador y ofreció al mismo tiempo su brazo á una de las desconocidas que estaba más próxima.

—Monseñor, dijo Luis, dirigiéndose en voz baja á aquel máscara, que á su vista se confundía en excusas y trataba de retirarse... Monseñor, no os alejéis, os lo suplico.

Y diciendo esto, el joven rey tomó la mano del falso senador á su pesar.

—Soy dichoso, monseñor, y bendigo á la casualidad que nos acerca. Quiero que todo el mundo participe de mi gozo. Nunca dudé que vuestra fidelidad me haría el honor de venir á mi fiesta.

Quitaos, pues, la máscara, monseñor, y abrazadme.

Artagnan, como podra comprenderse, se encontró repentinamente sin saber qué hacer.

Sentía que sus piernas temblaban y deseaba que el pavimento se abriera á sus pies para evitarle aquel marato.

Un auxiliar poderoso intervino felizmente para el pobre caballero.

La reina se acercó con la careta en la mano, y exclamó vivamente:

—No os descubráis, señor.

—¿Y por qué, señora? preguntó el rey.

—Porque la máscara es una cosa sagrada y debemos dejar en libertad á este caballero para obrar como le parezca á este respecto. Si este gentil hombre no juzga conveniente descubrirse, sin duda tendrá sus razones. Dejémosle en libertad.

—Es que yo, señores, tengo que ver á mis amigos á cara descubierta.

Hijo mío, piensa en la importancia de las palabras que has pronunciado.

—Ya se ve que sí, señora, y por lo mismo suplico, y en caso necesario, ordeno á monseñor que se quite la máscara.

—Vamos, monseñor, obedeced.

Artagnan dirigió una mirada suplicante á la reina, pero seguramente esta no era la mirada que esperaba

Ana de Austria, porque manifestó desde luego una profunda admiración.

—Vamos, señor, dijo Luis XIV impacientándose, descubríos, yo lo quiero.

Artagnan no pudo resistir. Obedeció y se inclinó con el más respetuoso de los saludos.

—¡Artagnan! exclamó la reina.

—¿Quién sois? preguntó el rey.

—Sire, Su Majestad lo ha dicho ya. Soy el caballero Artagnan, teniente en las guardias.

El joven rey no respondió una palabra, frunció las cejas, volvió la espalda y se alejó seguido por su madre que le hablaba en voz baja con extremado calor.

—Somos perdidas, acaso esté en el convento, dijo á sus compañeras el dominó que el caballero tomaba por madama Texier.

—Hnyamos, respondieron aquéllas,

Y las tres jóvenes, siemdie de la mano, se deslizaron por el parque y desaparecieron.

III

Debemos al lector algunas explicaciones.

Hemos visto que el caballero Artagnan supuso con bastante verosimilitud, que aquel baile de máscaras ocultaba algunos proyectos de la reina.

Estos no eran otros que conseguir una entrevista con el cardenal desterrado, sin exponerse á dar la más lijera explicación á los que pudieran haberse inquietado por este asunto, admitiendo por supuesto que de otra manera hubiera podido realizarse su idea.

El negocio de que se trataba era de una gravedad y